



CAPÍTULO 1

Layla



Directo al buzón de voz. *De nuevo.*

Suelto mi frustración y apoyo la frente contra el volante.

Por el amor de Dios, necesito que mi exnovio atienda mis llamadas una vez en su puta vida.

Con la cabeza contra el plástico ardiente, me llevo el teléfono al oído y lo llamo por quinta vez. Cierro los ojos con fuerza porque ya sé lo que va a pasar, pero igual insisto. Esta vez ni siquiera me da tono; va directo al buzón de voz.

Seguro perdió el celular o el cargador, o se perdió en el fondo de una botella.

O todas las anteriores.

Kayce Wilder era puro ojos azules, hoyuelos y encanto de vaquero... hasta que dejó de serlo, y le agradezco a cada puta estrella en el firmamento que solo hayamos durado seis meses. Para el momento en que podríamos haber considerado que éramos

novios, nuestra relación (si es que se le puede decir así) ya había terminado.

No lo encontré con el rostro enterrado en unas tetas, pero tenía mis sospechas. Kayce no era cruel ni violento, y tampoco tenía malas intenciones. De hecho, era de esos borrachos felices que pueden caerse rendidos en cualquier rincón. Y ese era el problema, que era un vago alcohólico que vivía de su cara bonita mientras se emborrachaba hasta perder el conocimiento un martes a las tres de la tarde.

Todo ese talento para el rodeo y los grandes sueños con los que me deslumbró la noche en que nos conocimos parecen una broma cuando se los compara con quién es Kayce en realidad. Cuando logré ver detrás del telón, me encontré con un niño asustado y entendí que había perdido el tiempo con él.

Esa experiencia terminó siendo una bendición. Me alegra haber desperdiciado medio año de mi vida en lugar de seis.

O peor.

Hace un calor agobiante y, a pesar del sudor que me corre por la espalda, me estremezco.

Imagina si hubiera quedado embarazada y él fuera el padre.

El horror.

Y si algo definía nuestra relación era eso: el sexo. Nada del otro mundo, vale aclarar. Él era cariñoso, yo también, y con eso alcanzaba para tolerar un sexo bastante mediocre. Ahora que lo pienso, ni siquiera hablábamos mucho.

Entre las horas que pasaba trabajando en el bar y las horas extra que sumaba entre clases, no me quedaba mucho tiempo para tener citas ni para salir. Pero cuando lográbamos coincidir, terminábamos en la cama. Kayce era divertido. Me hacía reír. Y como yo solo quería olvidar los problemas que me afligían, bastó con esa mirada

pícara de ojos azules para convencerme. Me prometía a mí misma que por la mañana le diría que resolviera sus asuntos, que tirara la basura, que lavara sus malditos platos.

Dios, qué alivio no volver a casa y encontrar el fregadero repleto de platos sucios.

Pero ¿quién es la tonta sentada en un auto que parece un horno, con el asiento trasero lleno de cajas con las porquerías que su ex dejó atrás?

Kayce estaba “entre casas”, así que como una idiota me ofrecí a guardarle algunas cosas hasta mudarse. Estuvieron en mi armario durante meses mientras terminaba las prácticas de veterinaria, pero ahora estoy de camino a un nuevo trabajo, a un nuevo pueblo, y necesito cortar con este tipo de una vez por todas.

Mi primer impulso al ver que no respondía mis llamadas, mis mails ni los mensajes de Instagram fue tirar todo al contenedor detrás del edificio. Qué inútil de mierda. Pero al revisar las cajas encontré sus álbumes de fotos de la infancia, diplomas escolares y premios de competencias ecuestres infantiles: recuerdos de cuando vivía en el oeste con su mamá.

Hasta donde sé, tuvo una pésima madre, y de eso entiendo bien. Pero algo me dice que en algún momento va a querer tener esos recuerdos. Hoy en día, el mayor amor de la vida de Kayce se vende embotellado, pero tal vez en un futuro se arrepienta de no haber cuidado de estas cosas.

Por más que ahora no las valore.

Golpeo el celular contra mi frente. *Piensa. Carajo.*

Lo único que tengo es una dirección garabateada en un *post-it* que me dio hace siglos, más o menos cuando decidimos separarnos. Ni siquiera sé si sigue viviendo ahí, en ese pueblito de Montana perdido en medio de la nada; él es todavía más nómada que yo,

y eso es mucho decir. Lo que sí sé es que está cerca, y esa es la única razón por la que sigo detenida a un costado de la carretera.

Crimson Ridge queda de paso hacia mi próximo trabajo y, qué sorpresa, esto es típico de Layla Birch: la chica buena y tonta de siempre que se detiene en un pueblo para hacerle un favor a su ex solo porque le queda de paso.

Él sabe que no tengo mucho dinero (la historia de mi puta vida) hasta empezar en el nuevo puesto, pero de todos modos iba a tener que pagar la gasolina para llegar al pueblo donde empiezo a trabajar el lunes.

Así que mientras me derrito en este auto, con los rizos cobrizos pegados al rostro por el calor, veo cómo la tarde de verano se despliega perezosa a mi alrededor. Como si yo no formara parte del mundo en el que viven las chicas de mi edad. Frente a mí, en el parque, un grupo de muchachas en pantalones cortos diminutos y sujetadores de bikini se ríen tumbadas sobre el césped. Se apoyan en los codos, cuchichean entre ellas y le clavan la mirada a los vaqueros que bajan de sus enormes camionetas cuando aparkan en la ancha calle principal.

En días como hoy, siento que tengo mil años, no veinticinco.

Reviso otra vez el teléfono y actualizo las notificaciones por si Kayce respondió alguno de mis mensajes o correos en los últimos dos minutos. Solo quiero una respuesta. Que me diga si va a estar en el pueblo para que nos encontremos.

Por el amor de Dios. Nada todavía.

Mordiéndome el interior de la mejilla, revuelvo en mi cartera buscando la dirección y rezo para que no se haya borrado ni roto. El *post-it* amarillo está un poco descolorido, cubierto de migas que sacudo con la mano, y más arrugado que la última vez que lo vi. Por suerte, todavía es legible.

La letra horrible de Kayce garabatea en birome azul:

3488 Devil's Peak Road, Crimson Ridge.

Parece sacado de esas películas de terror en las que el asesino, un tipo con overol y una motosierra, persigue a la chica por el bosque.

Tendré que conducir hasta el reino de los campesinos ignorantes, porque no me iré con estas cajas en el auto. Aunque tenga que dejarlas tiradas en su porche para que las encuentre cuando regrese de su última borrachera.

—A la mierda con esto. —Maldiciendo en voz alta, pongo el auto en marcha.

Hay muy poco tráfico, pero me acomodo hacia el costado para buscar la estación de servicio que vi al salir de la ruta. Es un pueblito encantador; altos árboles bordean la ancha avenida principal, flanqueada por tiendas de madera estilo victoriano. Me gustaría conseguir un trabajo en un lugar así cuando me reciba.

Tiene una vibra parecida a Stars Hollow, como si hicieran todo el tiempo reuniones comunitarias, concursos anuales de calabazas gigantes, festivales de sidra en otoño y bailes de verano bajo el cielo estrellado al ritmo de una banda en vivo, rodeados de lucecitas colgantes.

El gran logo rojo y blanco de la gasolinera Crimson Ridge se asoma delante, por lo que doblo para entrar y subo por la rampa desapareja. Mi pequeño auto parece una hormiga al lado de las camionetas tamaño vaquero y las Chevy que se ven por estos lugares.

Me detengo junto al surtidor y despego los muslos del asiento al salir por el lado del conductor. *Puaj*. La tela de la camiseta se me pega a la parte baja de la espalda y tengo que acomodarme discretamente los pantalones cortos, que me están cortando la circulación de las piernas.

Este es uno de esos pueblos diminutos, casi fantasma, que

todavía permiten a los clientes cargar combustible antes de pagar en la caja. Qué tiernos.

Presiono “Llenar” y aprovecho para acomodarme el cabello. Lo suelto y dejo que los rizos cobrizos se sacudan sobre mis hombros antes de volver a atármelo en un rodete desprolijo. Hace demasiado calor como para llevar el cabello suelto. Claro, esta camiseta blanca y los pantalones cortos gastados se verían geniales con el pelo largo cayendo sobre un hombro, pero hoy tengo que ser práctica y hacer lo que hay que hacer. No vine a impresionar a nadie. Menos que menos a Kayce, si es que llego a encontrar a ese imbécil.

Detrás de mí, estaciona una imponente camioneta negra. Una de esas Dodge pura sangre, resistente como un buey y de un tamaño demencial. En el surtidor de al lado, mi pobre Honda parece de juguete. Siento una opresión en el estómago. Hay algo irremediablemente atractivo en los tipos que conducen camionetas así.

De la manera más disimulada posible, intento ver en el reflejo de la ventanilla qué tan mal tengo el cabello. No tiene sentido, ya que solo tengo que cargar gasolina, sacarme de encima estas malditas cajas y seguir mi camino. Pero de todos modos giro para espiar el vehículo estacionado junto al mío. Lo único que alcanzo a ver cuando se abre la puerta es el ala de un sombrero vaquero negro y unos rizos oscuros revueltos.

El surtidor hace un ruido que me devuelve de golpe a la realidad antes de poder ver más, así que cuelgo rápidamente.

Por favor, Layla, compórtate.

Antes de entrar a pagar, echo un vistazo al marcador para revisar el total. Los números están rotos —típico—, pero sé cuánto suele costar llenar el tanque, y los ochenta y nueve dólares que me quedan en la cuenta alcanzan sin problemas. Incluso me sobra para cenar ramen de microondas hasta que me paguen.

Empujo la pesada puerta de metal y suena un timbre metálico. Siento la ráfaga de un ventilador, pero enseguida me doy cuenta de que es aire caliente. Directo en mi rostro. Qué agradable bienvenida. El suelo está mugriento y el salón huele raro... Una mezcla de gasolina y grasa.

Hay un tipo con cara de perro detrás del mostrador. Lleva puesta una musculosa manchada y empieza a marcar en la registradora mientras camino hacia él.

—¿Solo el combustible? —pregunta con el ceño fruncido; tiene el pelo gris peinado hacia atrás y un tatuaje de estilo militar desteñido que le recorre el bíceps. Parece que desayuna y almuerza clientes.

—Sí, por favor —respondo con un tono alegre. Me esfuerzo por sonreír a pesar de su pésimo trato y le muestro la tarjeta de débito. Señala con un dedo grueso el lector mugriento, que se enciende.

Apoyo la tarjeta hasta que suena, y ya me estoy yendo cuando se aclara la garganta con más énfasis del necesario.

—Rechazada.

Giro, y su mirada me incomoda.

Jesús. ¿Qué sería capaz de hacer este tipo si realmente intentara robar algo? Probablemente saltaría el mostrador y me rompería las rodillas con un bate de béisbol. Hasta aquí llegó el encanto de pueblo pequeño. ¿Por qué este imbécil deja que los clientes carguen primero si va a reaccionar así cuando pasa esto?

—Ah. —Siento el calor trepar por mis mejillas y suelto una risa nerviosa. Sé que tengo dinero en la cuenta, pero en situaciones como esta no puedo evitar sentir un poco de vergüenza. No hay nada peor que la sensación de que alguien te exponga o te haga quedar como una fracasada.

Lo sé, es una tontería. Pero así me siento.

—Déjeme intentar de nuevo —digo, forzando la sonrisa y volviendo a acercar la tarjeta.

El hombre-ogro masculla algo entre dientes y aprieta unos botones en la caja hasta que el lector se ilumina. La forma en que me observa me pone la piel de gallina. Mi mano ya no tiene la misma firmeza cuando acerco con cuidado la tarjeta a la pantalla. Quizás fue un error de conexión o alguna estupidez así.

Vuelve a sonar. Levanto la tarjeta y ahí está, en mayúsculas negras bien claras, la palabra que no quiero ver: “Rechazada”.

—¿Tienes otro método de pago? —dice con tono acusador, mientras exhala y golpea el mostrador con la palma.

Qué imbécil.

—Eh... Deme un segundo.

Se me cierra la garganta mientras revuelvo en mi bolso, como si el dinero que sé muy bien que no tengo fuera a materializarse de repente. Revisé mi cuenta esta mañana antes de salir, y estaba segura de que me alcanzaba. Pero ahora estoy entrando en pánico y dudando de mí misma porque este tipo es un cretino total.

Mientras sigo buscando, lo oigo bufar con desdén.

—Son todos iguales. Vienen de afuera y creen que pueden estarnos. Si no puede pagar, señorita, va a tener que sacar la gasolina del tanque con una manguera.

Su grosería me deja muda y el sudor me empapa todo el cuerpo. Si no cargo gasolina y no llego a tiempo a mi trabajo mañana, perderé el puesto. Y con él, se esfuman en un abrir y cerrar de ojos tres meses de facturas, gastos y cuotas de Evaline.

—Por favor..., deme un momento.

A mis espaldas, oigo la puerta abrirse de golpe y el timbre metálico chillar. Oh, Dios. Ahora habrá testigos para disfrutar en vivo de mi humillación.

—¿Puedo probar con la tarjeta una vez más, por favor? —Trato de sonreír aunque me pican los ojos—. Sé que tengo dinero para cubrir la gasolina.

Pero ahora sí que estoy sudando. Comienzo a dudar. ¿Y si olvidé algún gasto?

El hombre niega con la cabeza mientras murmura algo sobre regresar el combustible, sobre la falta de respeto y lo mucho que lo estoy molestando. Siento que me arde el rostro.

—Las chicas tontas no saben lo que es la responsabilidad. Siempre andan endeudadas. ¿El tuyo es el Honda del surtidor tres? —Me mira de arriba abajo con desprecio y apunta con el dedo—. Quédate ahí. No te atrevas a moverte. Ya me ocupo.

Estoy paralizada. Me tiemblan las manos. Este imbécil no sabe nada de mí ni de mi vida, y aun así se siente con derecho a hablarme como un idiota condescendiente. Siento que acaban de darme una cachetada; fue tan inesperado que me dejó sin aire.

Doy un paso atrás para dejarle espacio a la siguiente persona en la fila. ¿Qué mierda voy a hacer ahora?

Mientras me hundo en una espiral de vergüenza en esta maldita estación de servicio en el medio de la nada, una voz grave y serena interrumpe:

—Por favor, Kurt. Tómate las pastillas del corazón. Yo pago.